

LA LOGIA DE CÁDIZ

*No era el hombre más honesto ni el más
piadoso, pero era un hombre valiente.*

ARTURO PÉREZ-REVERTE

*Prólogo**

Esta es una novela de aventuras y misterios. Y es también una historia española. Aunque no lo parezca.

Una historia que España barrió bajo la alfombra.

Una revolución signada por un puñado de «españoles» ilustrados que para no traicionarse a sí mismos debieron traicionar a la Corona y luchar contra su imperio.

Si en América corrió tanta tinta y se publicaron tantos libros, ¿por qué en España esta revolución no tiene quién le escriba?

El reciente fenómeno de la novela histórica española ignora mayoritariamente esta majestuosa épica del fracaso, donde españoles peninsulares y españoles de las colonias se enfrentaron en homéricas batallas y corrieron toda clase de peripecias. Y me dicen que, más allá de ensayos históricos puntuales y algunos muy añejos, las viejas y nuevas generaciones de alumnos españoles poco y nada estudiaron en la escuela acerca de este impresionante proceso que llevó más de 25 años y miles de muertos, y que cambió para siempre la historia de España.

* Prólogo a propósito de la aparición de *La Logia de Cádiz* en España.

De los dos libertadores latinoamericanos, sólo Bolívar permaneció en el imaginario español, y no siempre por las mejores razones. José de San Martín cayó de los manuales y fue rebajado al olvido, a pesar de que estamos hablando de un oficial que vivió hasta los 34 años en España, entró a los 10 en su ejército, guerreó contra moros y franceses, fue un héroe de Bailén y se formó a la sombra del famoso gobernador de Cádiz, Francisco Solano, linchado por «afrancesado» durante la resistencia a la invasión napoleónica. Solano fue quien introdujo a su mano derecha en la masonería. San Martín hablaba y pensaba como un español porque conceptualmente lo era.

Luego llevó a cabo una gesta increíble en América: creó un ejército profesional de criollos y nativos, derrotó a sus antiguos camaradas de armas y antes de liberar medio continente cruzó la Cordillera de los Andes con 5400 hombres, en una campaña que durante décadas se estudió en todas las academias militares del mundo puesto que superaba la célebre hazaña de Aníbal en los Alpes. Pero todo eso no es más que la inmensa montaña que se esconde bajo esta punta del iceberg que pretende ser *La Logia de Cádiz*, una narración acerca de las ambigüedades y convicciones de los hombres, y las melancólicas vueltas del destino. Una trama de capa y espada, de húsares, granaderos y secretismos que puede leerse como una simple novela de caballería.

Soy hijo de asturianos y mi relación con la Madre Patria ha sido siempre intensa. Elegí la figura de San Martín no sólo porque significaba algo muy importante para América sino porque insólitamente no significaba casi nada para España. Y también, lo confieso, porque era la odisea de un

expatriado genético buscando una patria ilusoria, como fuimos muchos hijos del desarraigo. Siempre me pareció que debía contar la «traición» del héroe desde la perspectiva del héroe, que era la perspectiva española. Después de cuatro años de investigación y documentación exhaustiva, decidí dejar de lado las grandes batallas para concentrarme en dos pequeños combates idénticos. Uno de ellos ocurrió en 1808, en los prólogos de Bailén: allí San Martín condujo a sus soldados a la victoria bajo la bandera española. Cuatro años después ocurre el combate de San Lorenzo, en América, y San Martín se enfrenta por primera vez cara a cara con sus antiguos compañeros de trincheras. Esas dos miniaturas bélicas están separadas por un abismo.

¿Por qué tantos «españoles», naturales o adoptivos, rompieron en la intimidad con su patria o cambiaron directamente de bando en aquellos tiempos? Solano, San Martín, Coupigny, Aguado, Alvear, Zabala y tantos otros estaban entre la espada y la pared. Admiraban las luces de la Revolución Francesa, pero debían levantarse contra Napoleón, y se veían forzados a defender una partida en la que al final los esperaba Fernando VII, un rey oscurantista y reaccionario que les ordenaba aplastar ideas progresistas con las que simpatizaban.

Cádiz asediada era, al principio, la caldera de muchos de estos dilemas, y allí algunos caballeros de la luz eligieron quedarse a dar la lucha y otros descubrieron que la única España posible quedaba cruzando el Atlántico, en aquellos lugares donde había criollos y nativos, pero sobre todo, españoles de segunda.

Los liberales que se quedaron en la Península más tarde terminaron vencidos por la efectiva restauración de la Antigua

España, que trajo atraso y decadencia, redujo ese poderoso imperio a una nación de tercer orden y estableció una historia oficial en la que se denostaba infantilmente a los soldados formados por su ejército que habían liberado las colonias. Y que también ignoraba injustamente a los valientes de sus propias tropas que habían dejado la vida y la sangre durante las guerras de la independencia en el Nuevo Continente.

Los liberales que utilizaron las logias masónicas como instrumentos políticos y operativos lograron crear efectivamente en ultramar la España que soñaban. Pocos, relativamente pocos años después de terminada la emancipación, una España empobrecida ya exportaba inmigrantes a estos nuevos países, y hacia 1870 las heridas habían sanado por completo. En 1910 una multitud de compatriotas marchó hacia el puerto de Buenos Aires para recibir con desbordante amor popular a la Chata, la infanta Isabel de Borbón: la Corona celebraba la independencia argentina. Luego España tendría con Hispanoamérica tantos lazos económicos, amistosos y culturales como deseos de borrar los enconos de aquella «guerra maldita». Aquella guerra intestina protagonizada por españoles de diferente interés, pelaje y opinión.

Acaso el personaje más relevante de aquella guerra fue un hombre finalmente derrotado por la política: San Martín, que era más hijo de Cádiz que de Yapeyú, y que se transformó en uno de los guerreros más formidables de la historia moderna antes de ser un amargo exiliado que murió en Francia.

Sé que sonará a herejía, pero cuando era chico aquel oficial con acento andaluz me parecía un espadachín de Dumas, metido en aquella logia, conspirando peligrosamente en Cádiz contra el Imperio, viajando de incógnito a Londres

y embarcándose con otros seis audaces en una fragata donde día a día planeaban en voz baja tomar el poder y hacer temblar al mundo.

Lo lograron. Y esta es la historia de sus contradicciones y proezas.